

COLECCIÓN POPULAR

759

CUENTOS COMPLETOS
I

FIÓDOR M. DOSTOIEVSKI

CUENTOS COMPLETOS
I

BELA MARTINOVA
Edición, prólogo y traducción



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, Siruela, 2007
Primera edición, FCE (Tezontle), 2010
Primera edición en 2 tomos (Colección Popular), 2019

Dostoievski, Fiódor Mijálovich

Cuentos completos, I / Fiódor Mijálovich Dostoievski ; ed., pról. y trad.
de Bela Martinova. — 2ª ed. — México : FCE, 2019
259 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Popular ; 759)
ISBN 978-607-16-6446-4 (obra completa)
ISBN 978-607-16-6448-8 (tomo I)

1. Cuentos 2. Literatura rusa – Siglo XIX I. Martinova, Bela, ed. II. Ser.
III. t.

LC PG3325

Dewey 891.73 D447c V. 1

*Edición autorizada para su venta en México y América Latina.
La exportación de esta edición a cualesquiera otros territorios
o países no autorizados está estrictamente prohibida.*

Publicado por acuerdo con Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, principal derecha, 28010 Madrid, España
siruela@siruela.com www.siruela.com
D. R. © Bela Martinova, de la edición y la traducción
D. R. © 2007, Ediciones Siruela, S. A.

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6446-4 (obra completa)
ISBN 978-607-16-6448-8 (tomo I)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	9
<i>Novela en nueve cartas</i> (1845)	23
<i>El señor Projarchin</i> (1846)	37
<i>Polzunkov</i> (1847)	70
<i>El corazón débil</i> (1848)	87
<i>La mujer ajena y el marido debajo de la cama</i> (1848) . .	135
<i>El ladrón honrado</i> (1848).	179
<i>El árbol de Navidad y una boda</i> (1848).	197
<i>Las noches blancas</i> (1848)	206

PRÓLOGO

Si bien es en la faceta novelística donde más ha destacado Dostoievski, no es menos cierto que el género del cuento, el periodismo, el relato, así como el ensayo, merecen una referencia aparte. Ello se debe a la exquisitez y la temática que abarcan. Por eso, la presente edición lleva por título *Cuentos*, que se reúnen aquí en su variedad de contenido, y que ponen de manifiesto la fuerte personalidad artística de Dostoievski a lo largo de su dilatada vida literaria. En este libro hemos optado por el orden cronológico, teniendo en cuenta que la pátina del tiempo ofrece a cambio la objetividad, la evolución o la persistencia de una determinada idea que sobrevive diversas etapas en la vida y obra de un autor.

Aquí están presentes aspectos prácticamente desconocidos del autor ruso como es el humor, su fina ironía, el sarcasmo frente a la tragedia que tanto caracterizó sus novelas y que hasta el día de hoy sigue siendo la piedra angular del contenido artístico y filosófico de su narrativa.

Unas líneas aparte merece su obra ensayística, que se cruza entreveradamente en el resto de su obra, bien sea ésta cuento, relato o novela, para finalmente poner de relieve las ideas más profundas que salpican su pensamiento.

Algunas veces antagónico, el autor ruso no es por ello menos fuerte y sólido, pues así lo demuestran los cuentos de más ternura, como son “El sueño de un hombre ridículo”, “El ladrón honrado”, “El pequeño héroe” o “Las noches blancas”. Llama la atención la curiosa historia del robo de unos pantalones en “El ladrón honrado”, donde se ponen de relieve las profundidades más inmarcesibles del alma de un borrachín, hombre bueno que se pierde por el alcohol y paga caro el error cometido por robar al narrador de la historia, que lo acoge en su casa. El peso de la culpa se descarga sobre él con inusitada fuerza, lo que provoca que la historia desemboque en una tragedia. Pero no todas las historias de Dostoievski tienen desenlaces tristes, tal es el caso

de “El pequeño héroe”: una historia contada en primera persona por un adolescente que vive una experiencia muy particular en una finca de las afueras de la ciudad. Rodeado de bellas damas, elegantes caballeros, excursiones a caballo y todo tipo de divertidas distracciones, el joven descubre sus primeras sensaciones de adolescente inmerso en un mar de confusos sentimientos.

A los cuentos más largos se contraponen pequeñas historias, condensadas en diminutos pasajes, experiencias o vivencias del autor. A veces una fugaz idea o una simple noticia motiva al autor para escribir un cuento que enlaza el suceso con el ensayo y la reflexión.

Éste es el caso de “Los dos suicidios”, que arranca de la noticia de un periódico en la que se contrapone otra historia que obliga al lector a detenerse en el contenido que tan a menudo traen los diarios sin que apenas se les dé importancia. Estas pequeñas historias rompen esquemas de lo que comúnmente se conoce con el nombre de cuento, dado que su comienzo en Dostoievski suele ser atípico, pues a veces se atiene a algún acontecimiento o viene al hilo de un recuerdo que suscita una impresión, una sensación o una vivencia.

Tal es el caso de “El árbol de Navidad y una boda” y el de “El niño con la manita”. Estremecedores y bellos ambos, por su sencillez y plasticidad, los pocos pero firmes trazos que dibujan los pasajes de la vida de los protagonistas de esas dos historias sobrecogen por el desenlace.

Los niños, presa fácil de las injusticias más grandes, son dibujados por Dostoievski como los seres más vulnerables de la vida. A ellos dedicó innumerables páginas de sus obras. Por ellos y por las injusticias que sufren los más pequeños, Iván Karamázov se apresura a devolverle su billete a Dios alegando que no quiere la armonía universal si a cambio se han de quedar sin vengar los sufrimientos de los más indefensos. En este sentido, “El niño con la manita” pretende sintetizar el destino de los seres más vulnerables, como son los niños vagabundos, huérfanos o ladronzuelos que van adquiriendo la práctica de pedir limosna en la calle y que, si sobreviven, en el mejor de los casos, no terminan sus vidas congelados en algún rincón de la ciudad.

Al hilo de estos cuentos hay que decir que el peso y la importancia que el cristianismo tuvo en la vida y obra de Dostoievski se hace más visible que nunca en estos pequeños cuentos inseparables del ensayo, en los que siempre está presente el eterno retorno a la raíz eslava, a su origen, a su pueblo y a la ortodoxia. A ésta estuvo fuertemente ligada su vida.

Una mención especial al respecto merece el estigma del miedo, el pavor a lo desconocido y a la muerte, que ya en “El campesino Maréi” recae sobre el lobo que el campesino es capaz de mitigar tranquilizando al pequeño con el simbólico gesto de su dedo manchado de tierra, alegoría de los telúricos lazos de la naturaleza rusa.

De igual modo merece la pena detenerse en la historia de “Vlas”, un cuento que culmina en el ensayo psicológico y filosófico más destacado del autor. En él se plasman los perfiles de los dos muchachos deseosos por llegar al límite y asomarse al abismo. Apostando a ver quién cometía la mayor de las fechorías posibles, la historia es inquietante por el contenido de su mensaje, que se contrapone al enredo y al sarcasmo de “Novela en nueve cartas” y “Polzunkov”, impresionantes ambos por los retruécanos literarios que utiliza el autor. Sin embargo, el desenfado y el humor plasmado en “La mujer ajena y el marido debajo de la cama” mantiene, a pesar del tiempo transcurrido respecto a los anteriores cuentos, la ironía que más tarde se mostrará en “Un episodio vergonzoso”, “El cocodrilo” y “Bobok”.

De este modo, a los años que transcurren desde la primera etapa humorística del autor a la segunda (1845-1862), se han añadido duras experiencias ligadas a su enfermedad, su condena y los trabajos forzados, así como el juego y la posterior calma literaria a la que ha contribuido no poco su segundo matrimonio, que le proporcionó paz y sosiego para una producción literaria madura y prolífica.

Es obvio, y casi huelga decir que en estos cuentos, en lugar de encontrarse el lector con el príncipe Mishkin, se topará con el narrador de “El sueño de un hombre ridículo”. En lugar de Raskólnikov, Svidrigáilov, Stavroguin o Iván Karamázov, se encontrará con Polzunkov, Iván Matvéievich, Projarchin, Vasia Shumkov o Nástenka. Sin embargo, es de vital importancia insistir en que precisamente es en el relato

breve y en el cuento donde Dostoievski concentra con más intensidad el contenido filosófico de su obra. Por ello, bien por una idea bien por una concepción estética, los héroes de sus cuentos están íntimamente ligados al conjunto de los grandes protagonistas de sus novelas, como si se les legara el don de proseguir por su cuenta la narrativa cambiando únicamente el nombre o el lugar de residencia. Por eso, la novela o el cuento en Dostoievski tienen una cierta circularidad que no permite desasirse de la continuidad de una idea, como si en el fondo no quisiera enterrar definitivamente a sus protagonistas, portadores de sus ideas.

Este pequeño detalle literario lo refleja claramente el autor al final de sus *Memorias del subsuelo*, donde la obra es sólo un pretexto para seguir escribiendo y proseguir con otro héroe, en otro lugar y con otra historia. Así es como lo confiesa el autor al final, cuando dice que “no obstante, no terminan aquí las anotaciones de este ser tan paradójico”, y que, sin poder contenerse, continuó escribiendo...

De este modo, no resulta extraño que lo grande y lo pequeño tengan una dimensión diferente en la obra de Dostoievski. Pues, si bien el delirio llevó a Iván Karamázov a dialogar con un diablo canijo y resfriado sentado en una silla frente a su cama, no sucederá lo mismo en los cuentos de “El corazón débil” o “El señor Projarchin”, cuyos delirios tienen otros matices. Nos vemos obligados a obviar aquí sus semejanzas por la extensión que conllevaría comentarlos. Sin embargo, para resumir, se podría decir a grandes rasgos que el origen del mal de Iván Karamázov, así como el del pobre Vasia Shumkov, desbordado por el amor y por su cansina labor de copista, y también el del usurero señor Projarchin, conservan un cordón umbilical que los une a la concepción filosófica e histórica de Dostoievski.

Se trata del mal que asedia a Europa y que se encarna y sintetiza en la historia y el devenir de ese San Petersburgo de Projarchin, donde las oficinas aparecen y desaparecen como por arte de magia y donde los librepensadores desempeñan un papel que se escapa a la comprensión. Todo ello, aún pareciendo conjugarse en un cosmos distinto al de las grandes novelas del autor, no lo es, pues en él todo tiene una ligazón, una unión y un hilo conductor.

Aquella época de la gris influencia burocrática sobre el ser humano, anulado e insignificante como un mosquito, sólo tiene cabida en un Dostoievski eternamente preocupado por el hombre, al que quiere alertar del peligro burocrático. Su comienzo literario fue con *Pobres gentes*, donde el funcionario Dévushkin, escribiente de profesión, lucha para no escindirse en su labor de copista, por lo que escribe cartas a cuál más bella, puliendo el arte epistolar con tal de no quebrarse en vida, como le ocurrió a Vasia en “El corazón débil”.

Por todo ello, también el miedo a desaparecer de Projarchin, a esfumarse, en definitiva, entre la niebla y los fuegos petersburgueses, no dista de la extraña y fantasmal situación del esperpento en que se ve sumergido el individuo que habita la ciudad más burocrática del planeta, en la que resulta imposible sobrevivir sin desasirse de las catorce categorías que marcó la Tabla de rangos instituida por Pedro I el Grande.

Importando los modelos prusiano y danés, el monarca ruso clasificó gloriosamente a su pueblo en una larga escalera de ascensos administrativos de la que ningún ciudadano podía librarse. De ahí la tragedia que Dostoievski lega a la historia de su pueblo.

El afán, la lucha y el fin de la existencia de un petersburgués se limitaban fundamentalmente a llegar a la cúspide de la escalera que pocos alcanzaban, pues la mayoría terminaba cayendo en el abismo de sus negros y rotos escalones, como es el caso de todos esos pequeños funcionarios que se encarnan en Projarchin, Vasia Shumkov, el señor Goliadkin, etcétera.

La metáfora de la escalera es bastante frecuente en la obra de Dostoievski. Como era de esperar, tampoco podía faltar aquí una referencia a ella, concretamente al final de “El cocodrilo”, obra clave y sumamente importante por la alegoría que encierra en relación con el mal burocrático encarnado en la figura del pobre Iván Matvéievich, tragado por el cocodrilo y que mora en las entrañas de la burocracia, mientras se devana los sesos en escribir algún nuevo tratado sobre el principio económico para convertirse en un nuevo Fourier.

La polémica que suscitó la publicación de “El cocodrilo” no fue pequeña, pues llovieron ataques y críticas virulentas a Dostoievski desde todos los flancos, al considerarse que el cuento encerraba la parodia del mismísimo Chernishevski mientras se encontraba encarcelado en el Fuerte de Pedro y Pablo y escribiendo su obra *¿Qué hacer?* antes de partir a Siberia.

Por eso, cuando se propuso escribir ese cuento fantástico, creyó que no debían faltarle algunas menciones a los periódicos, que parodió con el nombre de *El Pelo (Volos)* en lugar de *La Voz (Golos)* y *El Tizón (Goloveshka)* en lugar de *Chispa (Iskra)*. Estas y otras simpáticas parodias periódicas muestran el interés que siempre tuvo Dostoievski por el periodismo, al que estuvo especialmente ligado en su primera etapa creativa, por lo que llegó incluso a crear junto a su hermano Mijaíl el periódico *Vremia* (1861) y *Epoja* (1863).

Por todos estos datos, quizá cuanto más variada sea la obra de un autor, más difícil resulte de encasillar, por lo que es preferible seguir el consejo juanramoniano cuando acerca de la poesía dijo aquello de “no la toques ya más, que así es la rosa”. Un bello epitafio que debemos tener en cuenta para toda la obra del autor de la leyenda de “El Gran Inquisidor”, y también de “Bobok”, porque en él lo grande y lo pequeño no son conceptos que se puedan equiparar a los del mundo en que vivimos. Posee otras medidas y otras dimensiones. Otras galaxias, otra sintaxis y otro todo. No vivía en una burbuja como la mayoría de los mortales, sino sumergido en una especie de catarsis de lucidez y clarividencia que le prodigaban los avisos anteriores a sus ataques epilépticos. Ya a través del príncipe Mishkin confesó el peso que suponía su enfermedad, que tildó de santa y maldita a la vez. Algo demoníaco capaz de rozar la santidad más nívea le elevaba en medio de espasmos y oscuridad por encima de lo terrenal, transportándolo entre tinieblas y a través del tiempo, igual que el Principito de Saint-Exupéry, viajando de asteroide en asteroide y desengañándose de la naturaleza humana, aislada, egoísta y perdida en el ensimismamiento. En su cuento más bello, “El sueño de un hombre ridículo”, Dostoievski traslada con magistral plasticidad y estética a su protagonis-

ta a través del túnel del tiempo, que lo trasciende todo, deteniéndose lo justo en los detalles más vitales e importantes que la literatura puede ofrecer.

El bien y el mal se tocan aquí con una maestría sin igual. El aspecto moral se aborda con inusitada delicadeza para que finalmente triunfen la bondad y la belleza. Un bello final, pues, para un cuento inigualable que estéticamente se eleva a la condición de obra maestra.

Gracias a ese casi mágico don de la ubicuidad, de estar aquí y allí a la vez, en lo grande y en lo pequeño, nuestro autor muestra su capacidad de situarse en la posmodernidad, con la intención de describirla y analizarla. ¿Acaso la posmodernidad no se ha anticipado a sí misma gracias a Dostoievski y a través de él? ¿Hay algo más posmoderno que “Bobok”, “El señor Projarchin” o “El corazón débil”? ¿O incluso que *El doble*? El espanto, el monstruo burocrático de ese San Petersburgo que lo engulle todo en las fauces de la oscura máquina burocrática lo plasma Dostoievski en esa ciudad, burocrática por excelencia.

Kafka debió de captar el secreto petersburgués y lo reflejó en sus obras, pero lo cierto es que de no existir Projarchin, Dévushkin y Goliadkin, probablemente tampoco existirían ni George, ni Joseph K. ni Gregorio Samsa. Aquéllos se anticiparon geográfica y temporalmente a la obra de Kafka, a *El proceso*, a *La condena* y a *La metamorfosis*.

Así pues, a lo largo de su obra Dostoievski parece mostrarnos de algún modo su arte, su saber vivir por encima del tiempo, trascendiéndolo, pero sin ignorar el presente; sumergiéndose y ahondando en él. Él no esquivaba la crítica, sino que se enfrentaba a ella; vivía enseñándole los dientes. Lo aprendió en Siberia. Semipalatinsk lo curtió y le enseñó a no desdeñar lo más insignificante por pequeño que pareciera. Sublimó el sufrimiento, sin que por ello perdiera el hábito de blandir el sable con una maestría sin igual que sólo su pluma era capaz de superar, pues se sabía grande, y tras el destierro dedicó el resto de su vida a defender aquellas ideas que un día despreció y contra las que se rebeló y enfureció enredándose en el círculo de Petrashevski, que más tarde lo llevó a reconocer haber caído en manos del mismísimo Mefistófeles. O mejor dicho, su doble, o aquel

Speshnev, al que, tras pedirle un préstamo que no podía devolver, le vendió fatalmente su alma.

Sabía y era consciente de que aquel dinero lo convertiría en presa fácil entre las hábiles manos del diablo. Más tarde lo plasmaría en *Los demonios* en la figura de Stavroguin, para después asumir su culpa con toda la carne de su ser y con todo su sentimiento. Reconoció su culpa por el solo intento de querer atentar contra su pueblo. Aquella idea que un día le fascinó, le hizo caer subyugado de espanto, e incluso llegó a reconocer que el castigo había sido justo. Con el peso de la culpa sobre sus hombros, consagró el resto de su vida a escribir y defender lo más puro del telúrico sentimiento ruso: su milenarismo sufrimiento y su eterna humillación. Su historia redentora, plagada de pecados que sintetizan los errores y horrores de esa Europa tan admirada por él, le hizo aceptar el castigo sin titubear. Juró que la condena lo convertiría en otro hombre, que lo redimiría, y así dedicó el resto de su vida a escribir para curarse de sus heridas y alentar a la humanidad a no caer en el error de burocratizar la vida, de disecarla convirtiéndola en mera fórmula científica.

Convencido de que sólo la belleza salvaría al mundo, hasta el final de sus días luchó utilizando la vía literaria, imitando inconscientemente a su admirado Quijote, prendado de la belleza del ideal que la nobleza obliga a defender. Blandía su pluma contra todo lo estereotipado por la moda, bien fueran los enciclopedistas al estilo de Kráievski, bien los nihilistas que tanto abundaban en su época. Llegó incluso a reprocharle a su amigo Strájov que era demasiado “blando” con ellos, pues para dirigirse a los nihilistas le recomendaba “escribir con el látigo en la mano”.

Consideraba la pluma el más eficaz de los medios para defender a su Rusia amenazada por el monstruo burocrático. En la sátira literaria de “El cocodrilo”, la burla y el humor se llevan la palma al poner de relieve una nueva faceta en el uso de la metáfora. Él sabía que no era fácil plasmar el espíritu de un funcionario, por ello utilizó una alegoría para burlarse del malévolos diablillo que se escondía en las entrañas del cocodrilo. Tampoco ignoraba que había cosas que no se podían decir, aunque sí podían insinuarse. Igual que le

sucediera al pobre señor Projarchin, descendiente directo de Goliadkin, que, al ver la espantosa faz de la burocracia, le cambió la personalidad. A uno su tiránica figura le desarticuló el habla, y al otro le espantó de tal modo que confesó que, en lo sucesivo, “ya no diría nada más, y que a partir de aquel momento sólo apuntaría en silencio”. Igual que sucediera en *Bartleby* de Melville, que se quedó encallado en su discurso incapaz de proferir cualquier cosa que no fuera “preferiría no hacerlo”. Cuando se veía presionado a romper el silencio en que se sumergía, no cesaba de repetir las mismas palabras. Ésa fue su experiencia tras haber trabajado en la oficina de las Cartas Muertas.

Así pues, aunque el tema de los funcionarios tenga su raíz trágica, tal y como había plasmado Chéjov en *La muerte de un funcionario*, o Gógol en *La nariz*, *El capote* o *Las almas muertas*, sin embargo, no le falta su pincelada de humor a todo cuanto se relacione con la vida de sus personajes, cuyos nombres propios, la mayoría de las veces, tienen un significado cómico.

De este modo, el héroe suele enredarse en su apellido, en el que unas veces se confunde su identidad, y otras refuerza la carga que pesa sobre él. Una larga y dilatada trayectoria naturalista lega a Dostoievski la herencia de Gógol y Saltykov-Schedrín, que insistieron mucho en esa particularidad literaria rusa.

En este contexto ocurre que los apellidos a veces dan vida a nombres, verbos y adjetivos que encarnan en los personajes de los cuentos y obligan a enfocar la lectura desde ángulos tragicómicos. A veces el esperpento es de tal calibre que no se sabe bien si es el apellido el que protagoniza la historia o si es el personaje al que aún le queda algo de personalidad para proseguir por su cuenta.

Esto ocurre con Polzunkov, que procede del verbo *polzat'*, esto es, “arrastrarse”. También con Pseldonímov, que procede de “pseudónimo”, Korotkoujov, que porta un nombre compuesto que significa “el de las orejas cortas”, así como Puzyriov, que procede de “pompa”.

Otro tanto le ocurre a Vasia Shumkov, cuyo apellido desciende de “ruido”, y por esa deducción se trataría de alguien ruidoso que alborota el ambiente. Al final del cuento, la ex-

perencia de amor que desbarata toda su vida lo desborda y lo reduce curiosamente a un ser aturdido y apocado por las circunstancias; un ser incapaz de afrontar y sobrellevar el compromiso de terminar el trabajo de copista que se le encomendó. Le sobra corazón, compasión y amor.

También tiene un apellido cosificado el jefe de Shumkov, el señor Mastákovich, que procede de “experto” o “maestro”, que, tal y como le corresponde por su categoría laboral, obra en consecuencia para poner orden en las cosas.

Algo similar sucede en “Bobok”, donde los nombres propios de los muertos que hablan y juegan a las cartas tienen siempre presente los grados y las categorías que en su día ocuparon en vida, porque ésta sigue vigente y predomina en la ultratumba, donde prosiguen imponiéndose los grados y las escalas. También en las sepulturas están todos clasificados, lo mismo que en la vida real.

Así, el general Pervoiédov tendrá el privilegio de tener un apellido con doble significado: por un lado, “comer primero” y, por otro, “ir en primer lugar”. Con ello hace honor a su título de general. Lo mismo sucede con Lebeziátnikov, otro muerto viviente, que procede de “adulador” o “el que hace la pelota”, características muy coherentes con su papel en el cuento.

En “El señor Projarchin” tampoco faltan pinceladas humorísticas sobre los que conviven en la pensión de Projarchin. Así, el señor Okeánov tiene una clara procedencia de “océano”. Remnióv correspondería a “cinturón” y Zimovéikin al que “desciende del invernadero”.

También en “La sumisa” hay una referencia naturalista con un leve toque de humor en el apellido del oficial Bezúmtsev; esto es, el “insensato” capitán del regimiento a causa de cuyo enredo el protagonista del cuento sale malparado y humillado, mancillando su honor caballeresco para el resto de sus días. Su venganza en defensa del más débil parece un estudio de psiquiatría, pues la profundidad psicológica en la que penetra Dostoievski se asemeja a una exploración radiográfica del alma humana. Consumido por la autocompasión y la deshonra, la desdicha de una conciencia que se maltrata a sí misma conduce al protagonista a inducir al más débil a un trágico final.

Una mención aparte merecen los patronímicos empleados en este libro, cuyas variantes no pasarán desapercibidas al lector a medida que se vaya adentrando en los cuentos de Dostoievski. Tal es el caso de Nicoláich y Nicoláievich, Semiónych y Semiónovich o Iványch e Ivánovich, alternativa que se emplea indistintamente en la lengua rusa.

Otra particularidad del idioma ruso son los diminutivos de los nombres propios, que no dejan de sorprender por su enorme variedad. Tal es el caso del cuento “El corazón débil”, en el que el lector tan pronto se topará con Vasía Shumkov como con Vasenka, Vasiutka, Vaska, Vasiuk o Vasinka, así como también con Arcadi o Arcasha. Lo mismo ocurre en “El ladrón honrado” con el borrachín al que mata su buen corazón y cuya moral no le permite morir sin confesar el robo. A este personaje el narrador de la historia se refiere de muchas formas: Iemeliá, Iemeléi, Iemelián, Iemeliúshka o Iemeliánushka. En “El señor Projarchin” sucede otro tanto, donde el avaro Semión Ivánovich Projarchin algunas veces aparece con el nombre completo y otras con alguna de las variantes de su diminutivo, como Senka o Senia. Toda esta variedad en la forma de nombrar a sus personajes obedece a un deseo de plasmar la complejidad del alma rusa, que el autor siempre consideró que sintetizaba el alma humana.

BELA MARTINOVA

CUENTOS COMPLETOS

I

NOVELA EN NUEVE CARTAS

I

(De Piotr Ivánovich a Iván Petróvich)

Respetabilísimo señor y querido amigo, Iván Petróvich:

Llevo ya tres días detrás de usted, querido amigo, para hablarle de un asunto muy importante, y no lo encuentro. Ayer, cuando fuimos a visitar a Semión Alekséich, mi mujer gastó una broma refiriéndose a usted, diciendo que usted y Tatiana Petrovna eran una pareja un tanto inquieta. Llevan tres meses casados y ya resulta difícil encontrarlos en casa. Todos nos echamos unas buenas risotadas, teniendo en cuenta nuestra sincera y completa disposición hacia usted, claro está; pero, bromas aparte, mi apreciado amigo, me está dando usted quebraderos de cabeza. Semión Alekséich me dijo que podría usted encontrarse en la Sociedad Unida del Baile. Dejé a mi mujer con la de Semión Alekséich y me dirigí veloz a la Sociedad. ¡Risa y lástima! Fui solo al baile, sin mi mujer. Iván Andréich, con quien me tropecé en el vestíbulo, al verme solo, sacó inmediatamente la conclusión (¡el muy tunante!) de mi irrefrenable pasión por los bailes y, agarrándome del brazo, quiso arrastrarme a la fuerza a las clases de baile, diciendo que en la Sociedad Unida a su joven espíritu le faltaba espacio para dar vueltas, y que del pachulí y la reseda se le había puesto dolor de cabeza. No le encontré a usted, ni a Tatiana Petrovna. Iván Andréich me juró y perjuró que indudablemente se encontraba usted en el Teatro Alexander, en la representación de *El mal de la razón*.

Salí corriendo al Teatro Alexander y tampoco lo encontré allí. Pensé que esta mañana lo encontraría en casa de Chistogánov, pero no fue así. Chistogánov me envió a casa de los Perepalkin, y lo mismo. En una palabra, me quedé completamente agotado. ¡Imagínese la de vueltas que pude

dar! Ahora me dirijo a usted por carta (no queda otro remedio). La cuestión que me ocupa no es en absoluto literaria (ya me entiende). Es mejor vernos cara a cara, me es imprescindible hablarle y aclarar algo, y cuanto antes sea, mejor. Por eso lo invito hoy a mi casa, junto a Tatiana Petrovna, a tomar el té y charlar un rato por la tarde. Mi Anna Mijáilovna se alegrará enormemente de la visita. Verdaderamente, nos darán una gran satisfacción.

A propósito, apreciado amigo mío —ya que la cosa ha llegado hasta el punto de tener que tomar yo la pluma para escribirle—: en estos momentos me veo obligado a presentarle una queja, e incluso a reprocharle, mi distinguido amigo, por una cuestión al parecer completamente ingenua, por la que usted se ha burlado de mí malvadamente... Es usted un tunante y un sinvergüenza. A mediados del mes pasado envió usted a mi casa a un conocido suyo, concretamente a Evguéni Nicoláich, acompañándole de una amistosa, y se entiende que sagrada para mí, recomendación suya; yo me alegré del acontecimiento, recibí al joven con los brazos abiertos, y con ello puse mi cabeza en una cuerda anudada. Sea como fuere, lo que es la cosa salió bien. Ahora no hay tiempo para las explicaciones, aparte de lo embarazoso que resulta exponerlas sobre papel; únicamente he de suplicarle que mire, mi malvado amigo y colega, si no habría algún modo... lo más cortés posible... indirectamente o a media voz... de susurrarle al oído a su joven amigo que en la capital hay otras muchas casas aparte de la mía. ¡Se me agotan las fuerzas, señor mío! ¡No puedo más!, como dice nuestro común amigo Simónevich. Cuando nos veamos, lo pondré al corriente de todo. Y ya no me refiero a que el joven no me cayera bien por su forma de vestir, sus cualidades espirituales, o que metiera la pata en algo. Antes al contrario, incluso resultó ser un joven amable y enternecedor. Pero espere a que nos veamos; y, hasta entonces, si se encuentra usted con él, por el amor de Dios, mi respetabilísimo amigo, hágaselo saber. Que fue usted quien le recomendó. Además, en cualquier caso, esta tarde lo aclararemos todo con más detalle. Y, por el momento, hasta la vista. Le quedo muy agradecido, etcétera, etcétera.

P. S.: Mi hijo pequeño lleva ya una semana enfermo, y empeora a medida que pasan los días. Le están saliendo los dientes. Mi mujer no se aparta de él y está triste, la pobre. Venga a vernos. Nos alegrará sinceramente, mi querido amigo.

II

(De Iván Petróvich a Piotr Iványch)

Estimado señor, Piotr Iványch:

Ayer recibí su carta y no salgo de mi asombro mientras la leo. Me está buscando usted en Dios sabe qué lugares, y, mientras tanto, yo tranquilamente en casa. Hasta las diez de la noche estuve esperando a Iván Iványch Tolokónov. Nada más recibir la carta recogí a mi mujer; alquilé un coche, sin reparar en gastos, y me presenté en su casa cerca de las seis y media. Usted no se encontraba en casa y nos recibió su mujer. Lo estuve esperando hasta las diez y media; me fue imposible esperarlo más. Recogí de nuevo a mi mujer; gasté dinero en alquilar un coche, y al llegar a casa la dejé allí y me dirigí a casa de Perepalkin, pensando en si le encontraría allí, pero una vez más me equivoqué en mis suposiciones. Regresé a casa, no pegué ojo en toda la noche, estuve intranquilo, y por la mañana pasé tres veces por su casa: a las nueve, a las diez y a las once, perdiendo tres horas; de nuevo alquilé un cochero y otra vez me dio usted plantón.

Me asombra leer su carta. Me escribe acerca de Evguéni Nicoláich y me ruega que con discreción le indique algo, pero no me dice exactamente por qué. Alabo su escrupulosidad pero, en última instancia, mi papel es igual al suyo, aunque yo al menos soy consciente de no darle documentos importantes a mi mujer para que con ellos se rice el pelo. A decir verdad, no comprendo por qué me escribe usted todo eso. Además, puestos a decirlo todo, ¿por qué razón me inmiscuye en este asunto? Yo no me entrometo en problemas ajenos. Usted mismo podía cantarle las cuarenta, pero veo que debo aclarar con usted el asunto lo antes posible; además, el tiempo apremia. Me siento incómodo, e ignoro el

modo de solucionarlo si usted no cumple las condiciones. Tengo un viaje a la vuelta de la esquina; cuesta lo suyo, y mi mujer dándome la lata para que la deje hacerse un capote de terciopelo de los modernos. Y en cuanto a Evguéni Nicolás me apresuro en señalarle: que ayer, sin perder tiempo, pedí los informes, mientras lo esperaba en casa de Pavel Semiónych Perepalkin. Tiene trescientas almas en propiedad en la provincia de Iaroslav, y aún tiene la esperanza de recibir otras trescientas mil de su abuela, de los alrededores de Moscú. No sé cuánto dinero tiene, y creo que esto lo sabrá usted mejor que yo. Decididamente le ruego que fije el día de nuestra cita. Ayer se topó usted con Iván Andréich, que le dijo que mi mujer y yo estábamos en el Teatro Alexander. Lo que le estoy diciendo es que él miente, y que, en asuntos de este tipo, no puede uno creer en sus palabras; que hace tres días engañó a su abuela por unos ochocientos rublos. Por todo ello, tengo el honor de quedar a su disposición.

P. S.: Mi mujer se quedó embarazada; además es muy asustadiza y enseguida le entra melancolía. En las representaciones teatrales a veces disparan y simulan truenos con máquinas artificiales. Por ello, temo que se asuste y no la llevo al teatro. Tampoco yo tengo muchas ganas de ver representaciones teatrales.

III

(De Piotr Iványch a Iván Petróvich)

¡Mi apreciado amigo, Iván Petróvich!:

Yo, y sólo yo, tengo la culpa, y me apresuro a presentarle disculpas. Ayer, a las seis de la tarde, y justamente en el momento en que nos estábamos acordando de usted, llegó un correo del tío Stepán Alekséich informándonos de que la salud de la tía había empeorado. Temiendo asustar a mi mujer, y sin mencionar palabra, le puse como pretexto que me había surgido un asunto urgente y me dirigí a casa de la tía. Me la encontré moribunda. A las cinco en punto tuvo un

ataque, que es el tercero en dos años. Karl Fedorych, médico de la casa, anunció que posiblemente no pasaría de esa noche. Imagínese mi situación, mi querido amigo. Me pasé la noche en pie, corriendo de un lado para otro; al margen del disgusto. Y sólo al amanecer, agotado física y psíquicamente, me eché en el sofá de su casa, olvidándoseme decirles que me despertaran a la hora, y abrí los ojos a las once y media. La tía estaba mejor. Fui a casa a ver a mi mujer; la pobre estaba deshecha esperándome. Tomé un bocado, estrujé al pequeño, después tranquilicé a mi mujer y me dirigí a su casa. Usted no estaba. Pero me encontré con que Evguéni Nicoláich estaba en su casa. De nuevo me dirigí a casa, tomé la pluma y me puse a escribirle. No se enoje ni se enfade conmigo, mi sincero amigo. ¡Pégueme usted, córteme la cabeza, si quiere; pero no me prive de la buena disposición que tiene hacia mí! Su mujer me comentó que esta tarde estaría usted en casa de los Slaviánov. Sin falta estaré allí. Lo espero con enorme inquietud.

Mientras tanto, quedo a su disposición, etcétera, etcétera.

P. S.: Nuestro pequeño nos tiene sinceramente hundido el ánimo. Karl Fedorych le recetó un ruibarbo como purgante. Está sollozando y ayer no reconocía a nadie. Sin embargo, hoy nos reconoce y no cesa de repetir: “papá, mamá” y de hacer pucheros. Mi mujer está hecha un mar de lágrimas.

IV

(De Iván Petróvich a Piotr Iványch)

¡Mi muy estimado señor Piotr Iványch!:

Le escribo desde su casa, desde su habitación y su escritorio; pero antes de tomar la pluma he estado esperando más de dos horas y media. Permítame ahora que le diga abiertamente, Piotr Iványch, mi sincera opinión sobre esta situación tan cicatera. Por su última carta deduzco que lo están esperando en casa de los Slaviánov; usted me dijo que

fuera allí, y yo fui y estuve horas sentado sin que usted apareciera. ¿Acaso cree que debo hacer el ridículo delante de la gente? Permítame decirle, muy señor mío... que me presenté en su domicilio por la mañana, con la esperanza de encontrármelo, y sin imitar a ciertas personas que pasan por lo que no son, y que buscan a gente ¡Dios sabe en qué lugares!, cuando se les puede encontrar en su casa a una hora prudente. Ni rastro suyo había. Ignoro lo que ahora me contiene para expresarle toda la verdad. Sólo diré que lo veo, a mi parecer, retractándose, si se tienen en cuenta nuestras sobradamente conocidas condiciones. Y ahora, sólo después de reflexionar sobre este asunto, no puedo por menos de reconocer que realmente estoy asombrado de la orientación tan pícara de su intelecto. Ahora veo claramente que ha estado usted gestando durante mucho tiempo unas intenciones poco nobles. Y mi suposición la confirma el hecho de que la semana pasada, y de forma casi ilícita, se hiciera usted con aquella carta suya dirigida a mí, en la que usted mismo exponía, aunque de un modo un tanto confuso y enrevesado, nuestras condiciones sobre la situación que le es sobradamente conocida. Teme usted los documentos, y los destruye, dejándome a mí en ridículo. Pero no consentiré que se burlen de mí, pues hasta ahora nadie me ha tratado así, y todos me han tenido en consideración. Se me ha caído la venda de los ojos. Pretende usted confundirme, ofuscarme con Evguéni Nicoláich, y cuando yo, con su carta del siete del presente mes, aún sin descifrar, voy y pretendo encontrarlo para aclarar el asunto, va y me cita en falso, ocultándose de mí. ¿Acaso no creerá, muy señor mío, que no soy capaz de percatarme de ello? Promete recompensarme por los favores de sobra conocidos recomendándome a distintas personalidades, y mientras tanto, me toma prestada —y ya se sabe de qué modo!— una considerable cantidad de dinero, sin ningún recibo a cambio, cosa que sucedió, sin ir más lejos, la semana pasada. Y ahora, con el dinero en la mano, se oculta y reniega del favor que le ofrecí presentándole a Evguéni Nicoláich. Probablemente tenga en cuenta mi próximo viaje a Simbirsk y crea que no podemos ajustar las cuentas antes. Pero le doy solemnemente mi palabra de honor de que, llegado el caso, estaría dispuesto a permanecer

dos meses más en San Petersburgo para conseguir lo que me he propuesto; conseguiré mi fin y lo encontraré. También sé actuar con despecho. Para concluir, le informo de que si hoy mismo no me aclara usted la situación satisfactoriamente —primero por carta, y después en persona, uno frente a otro—, si no me expone de nuevo en su carta las condiciones convenidas entre nosotros, y no me explica finalmente sus ideas respecto a Evguéni Nicoláich, me veré obligado a recurrir a medidas bastante desagradables para usted, que incluso a mí me repugnan.

Se despide de usted, etcétera, etcétera.

v

(De Piotr Iványch a Iván Petróvich)

11 de noviembre

Mi muy querido y respetado amigo Iván Petróvich:

Su carta me disgustó llegándome hasta el fondo del corazón. ¿Y no le abochorna, mi querido, aunque injusto, amigo, comportarse de ese modo con una de las personas más benévolas con usted? Adelantarse, sin haber aclarado el asunto, para ofenderme con tan injuriosas sospechas. Pero a pesar de ello me apresuro a responder a sus acusaciones. No me encontré ayer en casa, Iván Petróvich, porque inesperadamente fui llamado para acudir al lecho de una moribunda. Mi tía Evfimia Nicoláievna falleció ayer, a las once de la noche. Todos los familiares me eligieron por unanimidad para encargarme de la triste y lamentable ceremonia de defunción. He tenido tantas cuestiones que resolver que no he podido verlo y ni siquiera dirigirle unas líneas. Lamento de todo corazón el malentendido surgido entre nosotros. Las palabras que proferí sobre Evguéni Nicoláievich, de forma bromista y sin importancia, las interpretó usted incorrectamente, dándole a todo este asunto un sentido que me ofende profundamente. Me habla del dinero manifestándome su preocupación. Sin verme obligado estoy dispuesto a satisfa-

cerlo en sus deseos y exigencias, aunque sin poder pasar por alto el recordarle que la suma, que ascendía a trescientos cincuenta rublos en plata, la tomé yo de usted la semana pasada en unas condiciones de sobra conocidas, y no como préstamo. De haber sido lo último, habría recibido usted inmediatamente un acuse de recibo de mi parte. No quiero rebajarme a discutir sobre los demás puntos expuestos en su carta. Veo que se trata de un malentendido y observo en ello su carácter habitualmente apresurado, vehemente y franco. Sé que su benevolencia y carácter abierto no permitirán que su corazón albergue sospechas y que finalmente será usted el primero en tenderme la mano. Se ha equivocado usted, Iván Petróvich, hasta más no poder.

Sin reparar en que su carta me hirió profundamente, soy el primero que estaría dispuesto a presentarme hoy en su casa para ofrecerle excusas, pero ando sumamente atareado desde ayer por la tarde y ahora mismo me encuentro tan cansado que apenas me sostengo en pie. Para colmo de todos mis infortunios, mi mujer está enferma guardando cama; temo que sea algo serio. En cuanto al pequeño, gracias a Dios, se encuentra algo mejor. Pongo aquí punto final... me reclaman mis asuntos, y son una montaña.

Permita, mi apreciado amigo, que me despida de usted, etcétera.

VI

(De Iván Petróvich a Piotr Iványch)

14 de noviembre

Mi muy estimado señor, Piotr Iványch:

He esperado tres días; procuré emplearlos útilmente; mientras tanto, viendo que la amabilidad y la formalidad son en esencia el decoro de cualquier hombre, desde mi última carta, del diez de este mes, no quise apremiarlo ni con palabras ni con hechos, en parte para que pudiera usted cumplir tranquilamente con su deber cristiano en lo relativo a su tía, y en parte también para los cálculos y pesquisas del

famoso asunto, que han precisado su tiempo. Me apresuro ahora a aclarar con usted el asunto definitiva y firmemente.

Confieso con sinceridad que la lectura de sus dos primeras cartas me hizo pensar que usted no comprendía lo que yo quería; por ello insistí tanto en dar con usted para citarnos y aclarar el asunto en persona; me daba reparo utilizar la vía epistolar y me culpaba por la poca claridad de mis ideas cuando las expongo sobre papel. De sobra le es conocido que carezco de una esmerada educación y de maneras, y que eludo la hueca vanagloria, pues por mi triste experiencia pude al fin comprobar cuán engañoso resulta a veces lo externo y de qué modo se oculta en ocasiones la serpiente debajo de las flores. Pero usted me ha comprendido; sólo que no me ha contestado como es debido, porque con su alma desleal ha preferido faltar a su palabra de honor y a la amistad existente entre nosotros. Esto me lo ha confirmado usted plenamente con su proceder tan ruin hacia mí durante este último tiempo; un proceder pernicioso para mis intereses, cosa que no me esperaba, y que hasta estos momentos ni siquiera me había pasado por la cabeza; pues, abrumado, desde el momento en que nos conocimos, por sus buenas maneras, la delicadeza de su trato, la experiencia y el beneficio que me reportaba relacionarme con usted, imaginé que había encontrado a un verdadero amigo y compañero que deseaba lo mejor para mí. Sin embargo, ahora comprendo que hay mucha gente que, bajo la lisonjera y brillante apariencia, esconde veneno en su corazón, y utiliza su inteligencia en urdir embrollos e imperdonables engaños para sus prójimos, razón que le hace temer el papel y la pluma; que emplea su estilo no para el beneficio del prójimo y el amor a la patria, sino para hipnotizar y fascinar la razón de los que, por diferentes motivos y condiciones, han tratado con ellos. Su deslealtad hacia mí, mi muy estimado señor, puede verse claramente con lo que a continuación expongo.

En primer lugar, cuando, en mis claras y transparentes expresiones epistolares, le comunicaba mi situación, a la vez que le preguntaba en mi primera carta qué era lo que quería decirme con alguna de sus expresiones e indirectas, a propósito de Evguéni Nicoláich, usted optó la mayoría de las veces por contestarme muy por encima y, tras indignarme

con dudas y sospechas, se desentendió con toda tranquilidad del asunto. A continuación, y tras hacerme desprecios tales que no hay palabras para decirlos, me escribía diciéndome que estaba ofendido. ¿Cómo lo denominaría usted, mi muy estimado señor? Después, cuando cada minuto era tanpreciado para mí, me obligaba a recorrer la ciudad entera en su busca; me escribía cartas enmascarándose como amigo, en las que, evitando a propósito mencionar el asunto, me contaba cosas que no venían a cuento: concretamente, de las enfermedades de su esposa, a la que respeto, y de su pequeño, al que recetaron un purgante porque le estaban saliendo los dientes. Acerca de todo ello me informaba usted en cada una de sus cartas con una regularidad que me resultaba repugnante y ofensiva. Por supuesto que comprendo que los sufrimientos de un hijo le destrozan el corazón al padre, pero ¿para qué había de mencionarlo en aquellos momentos, cuando lo que se trataba era otra cuestión, completamente diferente, más necesaria e importante? Yo callaba y me aguantaba; pero ahora, cuando ya ha pasado tiempo, me veo obligado a expresarme. Por último, traicionándome con falsas citas, me obligó a jugar su juego, representando el papel de un bufón del que podía burlarse, cosa que jamás pienso ser. Después, y tras invitarme a su casa, y engañándome antes cuanto quiso, me dice que le llaman para ir a casa de su tía, que había sufrido un ataque, a las cinco en punto de la tarde, disculpándose por lo sucedido con bochornosos detalles. Pero por suerte, durante esos tres días, señor mío, me dio tiempo de recoger informes por los que me enteré de que el ataque lo tuvo su tía la tarde del día siete, poco antes de medianoche. De ello deduzco que utiliza la santidad del parentesco para engañar a los prójimos. Finalmente, en su última carta menciona también la muerte de su familiar, como si ésta hubiera ocurrido justo en el momento en que yo iba a ir a su casa para reunirnos y abordar el asunto en cuestión. Pero aquí la bajeza de sus cálculos e invenciones supera lo verosímil, ya que para mi fortuna, constatando la información a la que pude acceder, de lo más a tiempo, me enteré de que su tía había fallecido justo veinticuatro horas más tarde de lo que usted tan deshonestamente me había comunicado. Y no acabaría nunca si siguie-

ra enumerando los detalles que confirman su traicionera conducta respecto a mí. A un observador imparcial le bastaría con ver que en todas sus cartas se dirige usted a mí llamándome “su sincero amigo”, utilizando para ello palabras amables, lo que, en mi opinión, hace no con otra intención que la de amansar mi conciencia.

Llego finalmente a los puntos más importantes de su engaño y traición respecto a mí, que consisten concretamente en: el silencio ininterrumpido que ha mantenido a últimas fechas sobre aquello que se refiere a nuestro mutuo interés en el deshonesto hurto de la carta, en la que aun de manera oscura, y no del todo comprensible para mí, explicaba usted nuestras mutuas condiciones y cláusulas; del bárbaro y forzado préstamo de trescientos cincuenta rublos, sin recibo, que le concedía en calidad de amigo con quien iba a medias; y, en definitiva, en la ignominiosa difamación de nuestro común conocido Evguéni Nicoláich. Ahora veo con claridad que quiso usted demostrarme que a él, y permítaseme la expresión, no se le podía sacar absolutamente nada, ni leche ni lana, lo mismo que a un macho cabrío, y que él no era ni carne ni pescado, cosa que subrayó como un defecto en su carta del seis de este mes. Pero yo conozco a Evguéni Nicoláich como joven discreto y honesto, virtudes con que precisamente puede seducir, atraer y ganarse el respeto en esta sociedad. También he sabido que durante dos semanas enteras ha estado usted metiendo todas las tardes en su bolsillo unos cuantos billetes de diez rublos, y en algunas ocasiones, hasta cientos, desplumando de ese modo a Evguéni Nicoláich en el juego. Sin embargo, ahora quiere desentenderse de todo esto, y no sólo no se conforma con agradecerme el interés que me he tomado, sino que se ha quedado con un dinero mío que no piensa devolver, seduciéndome anticipadamente con todo tipo de ventajas que reportarían en mi beneficio si fuera a medias con usted. Adueñándose ahora de modo ilegal de mi dinero y el de Evguéni Nicoláich, evita agradecérmelo, levantando falsos testimonios y denigrando con imprudencia ante mis ojos a aquel que yo presenté en su casa. Sin embargo, a usted le falta poco, tal y como cuentan los compañeros, para darle besos y presentarle a todo el mundo como su mejor amigo, sin reparar en que no hay

nadie más estúpido que el que no se percata al instante de adónde van dirigidas sus pretensiones y lo que significan justo para ustedes las relaciones en asuntos de amistad y compañerismo. Le diré que ello es el engaño, la traición, la ausencia de todo decoro y derecho del hombre, una ofensa a Dios y una depravación. Yo mismo soy el ejemplo y la prueba de lo que ha sucedido. ¿Cuándo lo ofendí? ¿Y por qué se ha portado usted tan despiadadamente conmigo?

Doy por terminada mi carta. He dicho cuanto tenía que decir. Y ahora concluyo: si usted, mi muy apreciado señor, en un breve periodo de tiempo, a contar desde el recibo de la presente, no me devuelve, en primer lugar, todo el dinero que le presté, es decir, los trescientos cincuenta rublos y, en segundo lugar, el resto que me corresponde según lo prometido, me veré obligado a recurrir a otras medidas para que proceda a la devolución, empleando, si fuera menester, los medios que fueran necesarios para obligarlo a devolverlo amparándome en la ley, poniendo al fin en su conocimiento que dispongo de determinadas pruebas que, quedándose en poder de su humilde servidor y admirador, podrían destruirlo mancillando su nombre a ojos del mundo entero.

Suyo afectísimo, etcétera.

VII

(De Piotr Iványch a Iván Petróvich)

15 de noviembre

Iván Petróvich:

Tras recibir su extraño y poco pulido escrito, en el primer instante me sentí tentado a romperlo en pedazos; sin embargo, preferí conservarlo como algo que se recibe en escasas ocasiones. Por lo demás, lamento de todo corazón los malentendidos y las desavenencias surgidos entre nosotros. Por un momento decliné responderle. Pero la necesidad obliga. En concreto, con estas líneas he de explicarle

que verlo en alguna ocasión en mi casa me resultaría desagradable en exceso, igual que a mi esposa: está delicada de salud y el olor a brea le resulta dañino. Mi mujer envía agradecidamente a la suya *Don Quijote de la Mancha*, un libro suyo que quedó en nuestra casa. En cuanto a sus chanclos, olvidados, al parecer, en nuestra casa durante su última visita, lamento comunicarle que no se han encontrado por ninguna parte. De momento los siguen buscando; pero, de no dar con ellos, le compraría otros nuevos.

Por lo demás, tengo el honor, etcétera, etcétera.

VIII

[El 16 de noviembre, Piotr Iványch recibe por correo postal dos cartas dirigidas a él. Al abrir la primera, saca una nota de color rosa pálido, ingeniosamente doblada. La letra era de su mujer. Iba dirigida a Evguéni Nicolásich el día 2 de noviembre. En el sobre no había nada más. Piotr Ivanóvich procedió a la lectura:]

Querido Eugéne:

Ayer me resultó imposible. Mi marido estuvo en casa toda la tarde. Ven sin falta mañana a las once en punto. A las diez y media mi marido se marcha a Tsárskoie para regresar a medianoche. Estuve toda la noche furiosa. Te agradezco las noticias que me envías. ¡Qué cantidad de papeles! ¿Es posible que todo eso lo haya escrito ella? A propósito, tiene estilo; te lo agradezco, veo que me quieres. ¡No te enfades por lo de ayer, y ven mañana, por el amor de Dios!

A.

[Piotr Iványch abre otra carta:]

Piotr Iványch:

No tenía necesidad de recurrir a esto, pues no pensaba poner un pie en su casa; es una lástima que haya desperdiciado papel en vano.

La próxima semana me marchó a Simbirsk; como apreciable y querido amigo le queda a usted Evguéni Nicoláich; le deseo suerte y no se preocupe por los chanclos.

IX

[El 17 de noviembre, Iván Petróvich recibe por correo postal dos cartas dirigidas a su nombre. Abriendo la primera de ellas, saca una notita escrita descuidadamente, deprisa y corriendo. Era letra de su mujer; iba dirigida a Evguéni Nicoláich el día 4 de agosto. En el sobre no había nada más. Iván Petróvich procedió a la lectura:]

¡Adiós, adiós, Evguéni Nicoláich! ¡Que Dios también se lo pague! ¡Sea feliz! ¡Mi destino es cruel y terrible! Fue su voluntad. Si no fuera por la tía, no hubiera confiado tanto en usted. Pero no se burle, ni de mí, ni de la tía. Mañana nos casamos. La tía está contenta porque encontré una buena persona que se case conmigo sin dote. Hoy por primera vez lo miré fijamente. ¡Me parece tan buena persona! Me están metiendo prisa. ¡Adiós, adiós... querido mío! Acuértese de mí de vez en cuando, porque yo jamás lo olvidaré. ¡Adiós! Firmo esta última carta como la primera vez... ¿se acuerda?

Tatiana

[El otro sobre contenía lo siguiente:]

Iván Petróvich:

Mañana recibirá usted unos chanclos nuevos; no estoy acostumbrado a sacar cosas ajenas de otros bolsillos; así como tampoco es de mi gusto recoger de la calle harapos y cosas inservibles.

Evguéni Nicoláich partirá estos días a Simbirsk, para solucionar asuntos de su abuelo, y me rogó que le buscara un compañero de viaje. ¿No desearía serlo usted?